



El Médico Chino

PHA

Natalia Marante

El devenir de la historia, con sus inevitables cambios sociales, y la propia idiosincrasia del palmero han propiciado el nacimiento en torno a la Bajada de nuevos números y personajes, reflejos del fervor y la incontestable creatividad de nuestro pueblo, otorgando en cada lustro una renovada vitalidad a nuestra celebración más señera. Un buen ejemplo lo tenemos en los entrañables y queridos mascarones, piezas emblemáticas de los festejos lustrales. Esta particular familia cuenta desde la pasada edición con dos nuevos integrantes: *El Liliputiense*, recreación de un antiguo mascarón que formaba parte de la comparsa en el pasado, y otro personaje absolutamente inédito, *El Médico Chino*.

Esta figura, cuya génesis se encuentra en una conversación mantenida por el cronista oficial de Santa Cruz de La

Palma, Manuel Poggio Capote, con el artista local Miguel Ángel Brito, creador de ambos mascarones, puede considerarse un guiño al fértil intercambio mantenido con la isla de Cuba, un pequeño homenaje a nuestro pasado emigrante, cuya huella pervive en manifestaciones artísticas y culturales, heredadas de canarios anónimos que «sudaron el pan de la lejanía» en la búsqueda de un porvenir más halagüeño para ellos y sus familias. Los que regresaron trajeron consigo, además de usos y costumbres caribeños, vocablos y expresiones que hicimos propios. El mascarón que nos ocupa hace referencia a uno de esos dichos populares, el que reza «A éste no lo salva ni el médico chino».

Pero, ¿dicho galeno existió en realidad?

Las primeras noticias que tenemos en la isla acerca de este personaje, conocido



Victor Lorenzo Molina, alias Sosó, la Luna de Valencia, Biscuit, el Médico Chino y el Liliputiense (2015). PHA

como *Juan Cham Bom Biá*, nos llegan a través del etnólogo e historiador José Pérez Vidal, quien en la revista *El Museo Canario* de 1936 se hizo eco de un estudio del profesor e investigador Herminio Portell Vilá sobre el misterioso médico, publicado en *Archivos del folklóre cubano*.

Según este retrato, Cham Bom Biá, cuyo verdadero nombre era *Chang Pong Piang*, llegó a Cuba en 1858. Primeramente residió en La Habana, donde abrió un consultorio que alcanzó gran repercusión gracias a las curas maravillosas que devolvían la salud a pacientes prácticamente desahuciados. Tras una estancia posterior en Matanzas, el galeno se instaló definitivamente en Cárdenas, donde también fue muy popular. Su profundo conocimiento de las propiedades terapéuticas de las plantas, así como de la medicina tradicional china y de la ciencia médica convencional, hicieron posible que el sanador oriental ofreciera remedios casi milagrosos a enfermos que habían perdido toda esperanza.

La personalidad noble y desprendida de Cham Bom Biá contribuyó a acrecentar el mito y la simpatía hacia su figura. Su desinterés económico era notorio, hasta

el punto de que, en el momento de cobrar sus honorarios, decía con su particular pronunciación... —«Si tiene dinelo, paga a mí; si no tiene, no paga; yo siempre da la medicina pa' gente poble».

En cuanto a su apariencia física, Herminio Portell Vilá lo describe como un hombre «de elevada estatura, negro, de ojillos vivos y penetrantes, algo oblicuos; con luengos bigotes a la usanza tártara, con larga perilla rala pendiente del mentón, y solía utilizar amplios y solemnes ademanes, subrayando su lenguaje figurado y ampuloso, vestía como los occidentales, y en aquella época, que no se concebía en Cuba al médico sin chistera y chaquet, él también llevaba con cómica seriedad una holgada levita de dril».

Cham Bom Biá falleció en Cárdenas, donde residió largo tiempo en soledad, y su muerte estuvo rodeada de un halo de misterio. Le encontraron sin vida, tendido en su camastro. El pueblo comentó las extrañas circunstancias de lo que parecía ser un crimen, perpetrado quizá por algún colega, quien, celoso de su éxito, le habría envenenado. También se apuntó a un suicidio, pero el caso es que las causas del óbito nunca fueron esclarecidas.